
II. Otros textos de Légaut sobre el Modernismo

Nos limitaremos a reunir aquí las páginas de Légaut que aluden, implícita o explícitamente, a la «crisis modernista». De algunas, citaremos algún párrafo, de otras, resumiremos la idea. Son páginas complementarias de los tres textos de la primera sección de este Cuaderno semimonográfico ⁽¹⁾.

I. Al comienzo de la etapa de escritor de Légaut, hay una página de *Trabajo de la fe* que alude al encuentro de un joven cristiano con un mayor ⁽²⁾. El deber del mayor, según Légaut, más que descubrir al joven creyente el entusiasmo por el ideal –cosa que éste suele vivir espontáneamente, en parte por razón de su edad–, es anunciarle, hablarle de la fidelidad que pronto tendrá que descubrir para sobrellevar las pruebas que le sobrevendrán y, entre ellas, las provenientes de la misma Iglesia. Al escribir esta página, Légaut pensaba, sin duda, en lo que supuso para él encontrar a M. Portal y en cómo les transmitió éste, en concreto, un «amor viril» a la Iglesia, un «amor adulto», diríamos hoy,

sin idolatría, sin servilismo, despojado de toda afectividad personal, de toda solidaridad de cuerpo, alimentado por la fe, lleno de reconocimiento por lo que él recibió de ella y portador de exigencias ... El amor que Jesús tuvo por Israel fue así...

En el otro extremo de sus treinta años de escritor, etapa final de la vida de Légaut, hay dos páginas en que esta misma enseñanza fundamental de M. Portal se vincula con las pruebas personales no

⁽¹⁾ Es posible que no hayamos localizado alguna página, por lo que confiamos en que algunos nos ayuden a completar este trabajo.

⁽²⁾ *Trabajo de la fe*, Valencia, AML, 1993 (1962), p. 45-47. El cap. II, al que pertenecen estas dos páginas, es de 1957.

sólo de éste sino de muchos de los implicados en la crisis modernista. Dice Légaut en *Vida espiritual y modernidad*:

Lo que M. Portal desencadenó en mí me ha perseguido sin parar. A medida que mi ahondamiento personal y mi conocimiento de la condición humana me lo permitían, (...) me abría a la intelección del drama íntimo al que fueron arrastrados y en el que con frecuencia naufragaron –por lo menos en opinión de muchos– un gran número de hombres de fe que habían hecho del catolicismo romano el centro de su interés y de su vida. Seres lúcidos y valientes, ávidos de conocimientos, fervientes por la verdad, exaltados por los horizontes que la ciencia les descubría, y preocupados por el futuro de la Iglesia, que, de forma decidida y con cuánta arrogancia además, los rechazaba y les daba la espalda precisamente por su apertura.

¿No fue éste el drama de numerosos sacerdotes cuya formación anterior sólo había sido de piedad, estructurada con devociones caídas en desuso, reducida a observar una moral estrecha, un culto sacralizado y una enseñanza de seminario encerrada en los esquemas y mecanismos de una escolástica primaria y rancia, sin ninguna apertura al pensamiento moderno? Esta cultura de circuito cerrado era ajena por completo a la explosión de conocimientos nuevos que entonces amenazaban con hacer vacilar, hasta desmoronarla, la base misma sobre la que ellos habían construido su vida por razón de su propia entrega.

(...) Allí donde un gran número de cristianos, presas del pánico más que inspirados por la fe, no sabían o no querían ver más que excesos del espíritu y del corazón, yo reconocía, por el contrario, siguiendo a M. Portal, signos precursores que auguraban un segundo nacimiento de la Iglesia después de la gestación lenta y arriesgada de veinte siglos difíciles.

(...) Loisy y Harnack, Blondel y Laberthonnière, Edouard Le Roy –al que tuve ocasión de tratar en casa de M. Portal–, Monseñor Mignot y el abate Birot, el barón von Hügel (...) y muchos otros más, aun sin llegar a conocerlos verdaderamente, llegaron a ser, de esta forma, para mí, *compañeros* en la vida de

fe, de fidelidad y de búsqueda tanto de integridad en el pensamiento como de autenticidad en la conducta: algo que los cristianos, como el resto de los humanos, necesitamos para llegar a ser verdaderamente adultos así como lo necesitan también las Iglesias que, de lo contrario, a base de cultivar o de tolerar el infantilismo de sus miembros, degenerarán fácilmente o en un conservadurismo terco o en un oportunismo seductor; comportamientos que consumarán a la larga, de una u otra forma, el fracaso del cristianismo. ⁽³⁾

II. En *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo* hay varias páginas ⁽⁴⁾ que establecen una semejanza, salvadas las distancias, entre el conflicto que el seguimiento de Jesús supuso para la vinculación que los discípulos tenían cuando lo conocieron con la religión de sus antepasados –que se vio radicalmente modificada a la larga si pensamos, por ejemplo, en la cuestión del monoteísmo– y el conflicto que el descubrimiento de la vida de fe comporta para los cristianos, pues dicho descubrimiento modifica radicalmente su vinculación con la religión de la que proceden.

De no estar orientado el cristiano hacia una honda vida de fe, la mera adhesión de origen se decanta con el tiempo, cada vez más, hacia la adhesión exclusivamente ideológica, que lleva, o bien, por un extremo, a la rebeldía o al abandono, o bien, por el extremo opuesto, a una adhesión al propio colectivo cada vez más ajena a la razón, más fanática y más intolerante. En estas páginas en que Légaut habla de las crisis personales de los creyentes de los tiempos actuales respecto de su religión de origen, laicos o sacerdotes, es fácil reconocer situaciones parecidas a las que debieron de vivir quienes participaron en la «crisis modernista» de una forma u otra. Un fragmento síntesis es éste:

⁽³⁾ Ver *Cuaderno de la diáspora* 14, Madrid, AML, 2002, p. 17-18.

⁽⁴⁾ Se leerán –o releerán– con provecho, desde esta perspectiva, las páginas 57-60, 106-7 y 112-115 de *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, AML, 1999.

(...) así como los hombres han de aprender a vivir en buenas relaciones con su cuerpo y no deben detestarlo y, ni mucho menos, mutilarlo cuando sus exigencias se vuelven devoradoras hasta amenazar su integridad humana, así también han de comprender que su sociedad religiosa requiere la misma paciencia, y que es normal que les imponga idéntica “pasión”. (...) No hay sabiduría más potente que la del creyente que sostiene a su Iglesia sin ser aplastado ni lastrado por ella, que la sirve sin servidumbre, que cree y espera en ella sin ilusiones, y que la ama sin espejismos. Así es como se mantiene el hilo conductor que permite penetrar en la comprensión de lo que Jesús fue para Israel hace veinte siglos (...) sabiduría necesaria para no juzgar erróneamente al cristianismo y, en consecuencia, terminar separándose de él...⁽⁵⁾

III. En *Creer en la Iglesia del futuro*, en su capítulo I ⁽⁶⁾, se releerán con provecho las páginas de los epígrafes siguientes:

La coexistencia de una religión de autoridad con la religión de llamada es algo característico en el cristianismo. – La contradicción que implica dicha coexistencia estuvo en el centro de la vida de Jesús. – La preponderancia de la autoridad sobre la llamada amenaza la misma existencia del cristianismo. – Dificultades extremas de un cristianismo reducido a ser sólo religión de llamada. – Necesidad de una mutación del cristianismo. – Grave imprevención del cristianismo para afrontar y llevar a buen puerto esta mutación.

Légaut combina, en estas páginas, su capacidad de narrar de forma abstracta, sin apenas anécdotas, con la de ser concreto a la hora de sugerir los matices propios de crisis como la modernista.

En el capítulo II del mismo libro, en toda su sección primera ⁽⁷⁾,

⁽⁵⁾ *Reflexión...*, pág. 113. Ver ésta y otras citas parecidas en el *Cuaderno de la diáspora* 17, 2005, p. 159, nota 55.

⁽⁶⁾ *Creer en la Iglesia del futuro*, Santander, Sal Terrae, 1988, p. 73-84.

⁽⁷⁾ *Creer...*, Santander, Sal Terrae, 1988, p. 90-109.

⁽⁸⁾ Légaut emplea en sus libros el término común de «jefe», entre otras cosas,

Légaut describe las tensiones del «jefe» religioso, del dirigente ⁽⁸⁾ que, por un lado, tiene que atender a lo indispensable y, por otro, tiene que alentar hacia lo esencial. Son páginas útiles para entender las situaciones «imposibles» que entraña la misión de autoridad en un grupo religioso. Algunos de los hombres que vivieron la crisis modernista se encontraron en situaciones de este tipo, como, por ejemplo, M. Portal, como rector del seminario o como el “mayor” que ayuda a despertar a la vida espiritual a los jóvenes “normaliens”; o como Monseñor Mignot y otros pocos obispos (Le Camus, d’Hulst, Lacroix, Bonomelli), así como sacerdotes, profesores, escritores, periodistas y profesionales seculares que asumieron su responsabilidad en el catolicismo.

Desde la perspectiva ya no del dirigente sino de cristiano de a pie, la reflexión de Légaut acerca de las diferentes actitudes posibles ante la autoridad también ilustra sobre las situaciones graves que se dieron durante la «crisis modernista». Según Légaut, «la rebelión declarada debe ser, por lo general, descartada» pues, «de ordinario, es más fecundo llevar sobre sí la condición de la Iglesia con paciencia y abnegación». Además, las «persecuciones padecidas por los cristianos de parte de su Iglesia» les deparan, a la larga, frutos irremplazables y les introducen, mejor que nada, en el «desierto cristiano» en el que el discípulo comprende por dentro el camino recorrido por Jesús en Israel. Lo que para Jesús fue un drama que se desencadenó en pocos meses, en el discípulo será un lento transcurrir de años oscuros en los que, sin embargo, puede

porque, al escribir, pensaba en las diversas Iglesias cristianas, que dan diferentes nombres a sus «dirigentes». En nota, en la p. 90 de *Creer en la Iglesia del futuro*, ya dijimos que la terminología que ahora nos parece especializada por haberla acuñado el paso del tiempo, entonces, en el tiempo de las cartas pastorales de San Pablo, era vocabulario civil común. Por eso, la *Nueva Biblia Española* tradujo «episcopos» por «dirigente», «presbítero» por «responsable» y «diácono» por «auxiliar» (ver: 1 Timoteo, 3, 1-2; 5, 17; 1 Tito 1, 7).

(⁸) *Creer...*, Santander, Sal Terrae, 1988, p. 128-130 y 132-135. Ver, sobre los dones del Espíritu: *Gálatas* 5, 22-24 y su contexto.

conocer los dones del Espíritu (9).

IV. Légaut dedica algunas páginas de “La llamada apostólica” (10) a reflexionar sobre los votos religiosos y, entre ellos, sobre la obediencia. El epígrafe de uno de sus apartados es: «Hay una obediencia cuya observancia sólo puede consistir en la guarda de un retiro silencioso». Dada la interpretación “monástica” de la obediencia en la Iglesia, los conflictos de conciencia que tanto clérigos como seglares de principios de siglo vivieron ante las intervenciones de la autoridad se pueden leer entre líneas en este apartado. Estos conflictos les llevaron a algunos, en efecto, a «aceptar el exilio y la desaparición total en el silencio» (11).

V. *En Questions à... Réponses de M. L.* (12), Légaut menciona expresamente a M. Portal y al modernismo al hablar de su vida, igual como luego hará, más extensamente, en *Paciencia y pasión de un creyente*. «M. Portal vivió de forma particularmente directa y cercana la crisis modernista, sufrió con las actitudes, la forma de comportarse y las decisiones de la Iglesia de aquella época» (p. 45). Y también menciona el «clima de delación de la época» (p. 60).

VI. *En Débat sur la foi* (13), uno de los epígrafes es sobre «Libertad e institución» y en él se alude a la crisis modernista y a los conflictos que se dieron después hasta el Vaticano II. El P. Varillon cita a Ricoeur: «el nudo filosófico de nuestros problemas es la relación entre libertad e institución... El fantasma de una libertad sin institución nos acosa y, sin embargo, una libertad que no entre en una institución es potencialmente terrorista...».

(10) “La llamada apostólica” es el penúltimo capítulo de *Introduction à l'intelligence du passé et de l'avenir du christianisme* (París, Aubier, 1970). Légaut suprimió este capítulo en la reedición francesa, bajo el título de *Creer en la Iglesia del futuro*, de la última parte de este tomo II de *El cumplimiento humano*.

(11) Puede leerse este apartado en *Cuadernos de la diáspora* 16, Madrid, AML, 2004, p. 48-49. Sobre las secularizaciones, situación en la que también se vive una cierta «guarda de un retiro silencioso», ver también en el *Cuaderno* 16, la p. 232.

(12) *Questions à... Réponses de M. L.*, París, Aubier, 1974.

(13) Légaut-Varillon, *Débat sur la foi*, París, Desclée de Brouwer, 1972, p. 33-36.

Légaut responde a Varillon que distinguir no es oponer, pero que confundir tampoco es unir correctamente, que es lo que ocurre en el caso de la obediencia. Por otra parte, Légaut observa que la realidad de la vida en grupo –las acciones y la ética– no es armónica y equilibrada –como puede ser la articulación de los conceptos– sino dramática y trágica, llena de enfrentamientos y de sufrimiento. No hay armonía sino coexistencia entre los dos polos de la libertad y de la estructura. Tal es, al menos, su opinión como laico nacido con el siglo, conocedor de los «dolorosos debates» que se dieron al comienzo del mismo, y formado como cristiano, en la segunda etapa de su vida, por sacerdotes cuya irradiación espiritual surgía de llevar, de forma espiritual, los sufrimientos ocasionados por la institución. M. Portal y el P. Teilhard le hicieron comprender a Légaut la importancia de tales tensiones. Si la Iglesia es “madre”, lo es, en todo caso, por dos razones –igual como Israel lo fue para Jesús–, por lo que nos da pero también por lo que nos duele, sobre todo cuando la vemos tan alejada de lo que debería ser para cumplir su misión.

En otro momento del debate ⁽¹⁴⁾, el P. Varillon menciona el «fi-deísmo» de una fe sin creencias, que es lo que preconizan el protestantismo liberal y el *modernismo*; y aporta en su favor varias citas y referencias, desde Lutero hasta el P. De Lubac. Légaut responde y expone entonces su idea acerca de la «radical heterogeneidad» entre fe y creencias aunque no niega las relaciones cuasi necesarias entre ellas dentro del «movimiento de fe».

VII. En *Deux chrétiens en chemin* ⁽¹⁵⁾, Légaut le recuerda, al P. Varillon, un párrafo suyo sobre la «omnisciencia» de Jesús en que el jesuita discrepa de la forma como ésta se entiende convencionalmente, es decir, de forma monofisita, y en que Varillon afirma que «Jesús só-

⁽¹⁴⁾ *Op. cit.*, p. 47-56.

⁽¹⁵⁾ Légaut-Varillon, *Deux chrétiens en chemin*, París, Aubier, 1978, p. 55-56.

⁽¹⁶⁾ La frase de Varillon que cita Légaut coincide mucho con esta otra: «Jesús habría conocido solamente cuanto era necesario para el cumplimiento de su misión terrena» (Poulat, 1962, p. 436). Esta segunda frase es de H. Schell, profesor de apologética en Würzburg desde 1884, cuyas obras se incluyeron en el Índice en

lo sabe aquello que es necesario que sepa para cumplir su misión, que es su ser mismo» (16). Seguidamente, Légaut le recuerda a Variillon que esta posición no la hubiera aceptado Blondel sesenta años atrás, pues se resistía a la interpretación de la conciencia psicológica de Jesús de su amigo el barón Von Hügel (17). Variillon se extraña de que Blondel no admitiera esto en aquel tiempo, y Légaut le reitera que se alegra de que la concepción de la humanidad de Jesús de Variillon sea tan afín con su propio esfuerzo por entrar, cada vez más, en

1898 por lo que quedó reducido al silencio. Schell falleció en 1906. Se le consideraba uno de los representantes más interesantes del Reformkatholizismus alemán (ver Roger Aubert, *Nueva Historia...*, V, Madrid, Cristiandad, 1984, p. 179, 199 y 201).

(17) Légaut debió de haber leído el libro de Émile Poulat, *La crisis modernista. Historia, dogma y crítica*, cuyo cap. V versa «Acerca de la ciencia humana de Cristo» (p. 432-454). Blondel pasó de juzgar con simpatía las dos obritas de Loisy a tener reservas a partir de creer ver en ellas una «cristología subyacente» en la que la humanidad de Jesús le parecía demasiado subrayada, hasta llegar a menoscabar su divinidad. Al menos así era como lo veía Blondel. «Aún no puedo resignarme a admitir que la conciencia de Jesús haya sido normalmente como sería la conciencia normal de un hombre puramente hombre», escribía a Wehrlé en enero de 1903, en la misma fecha en que escribe a Loisy una larga carta en la que le reconoce que la ciencia y la conciencia humana de Jesús es «un problema formidable» y que «negar la conciencia divina de Jesús es negar la divinidad de Cristo» (Pierre Colin, *L'audace et le soupçon. La crise du modernisme...*, París, Desclée de Brouwer, 1997, p. 403-405).